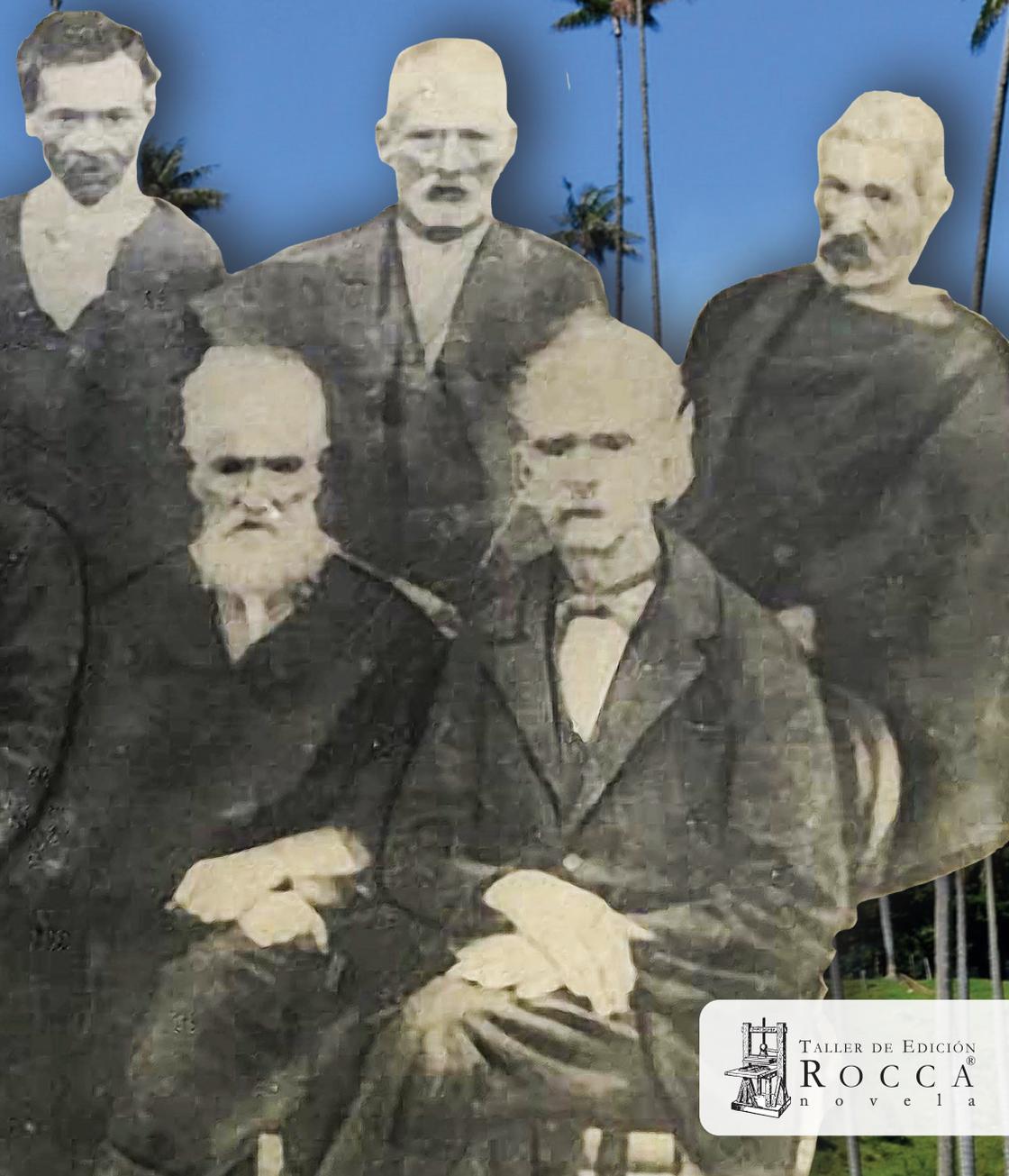


Alberto Medina López

PARA EL ALMA NO HAY ÉXODO



TALLER DE EDICIÓN
ROCCA
n o v e l a



Foto: ©Carlos Barragán

Alberto Medina López

Nació en Filandia, Quindío. Es profesional en Estudios Literarios de la Universidad Nacional de Colombia y periodista de Inpahu. Trabajó en la Unidad Investigativa de *El Tiempo* y en los años noventa se vinculó a la televisión. En la actualidad es subdirector de Noticias Caracol.

Obtuvo el Premio Bicentenario de Periodismo Construcción de Memoria 2010 por su trabajo sobre la toma del Palacio de Justicia, y ha obtenido menciones especiales por sus documentales sobre la ficción y la realidad en las grandes novelas colombianas. Ha dirigido «Un lugar llamado Macondo» (*Cien años de soledad*), «Sangre blanca» (*La vorágine*), «La otra cara de María» (*María*) y «La vida en la oscuridad» (*La rebelión de las ratas*).

Es autor de la novela *El credo de los amantes*, del libro de cuentos *En todas partes hay mariposas negras*, y de *Inventario de deseos*, una antología del erotismo en la literatura universal. Actualmente tiene una columna en *El Espectador* llamada «Entre el fuego y la tijera», sobre la censura en la historia.

Para el alma no hay éxodo

Alberto Medina López

PARA EL ALMA
NO HAY ÉXODO



TALLER DE EDICIÓN
ROCCA[®]
n o v e l a

Medina López, Alberto

Para el alma no hay éxodo / Alberto Medina López. -- 1a ed. --

Bogotá : Taller de Edición Rocca, 2022.

170 p. – (Novela)

ISBN 978-958-5445-63-5

1. Novela colombiana - Siglo XXI I. Título II. Serie

CDD: Co863.5 ed. 23

CO-BoBN- a1089209

© Alberto Medina López

© Taller de Edición Rocca® SAS

Bogotá, D. C., Colombia

Primera edición: TALLER DE EDICIÓN ROCCA®, marzo de 2022

Bogotá, D. C., Colombia

ISBN: 978-958-5445-63-5

Edición y producción editorial: Taller de Edición Rocca® SAS
Carrera 4 A No. 26A-91, oficina 203
Teléfonos: 243 2862 - 284 8328
taller@tallerdeedicion.com
correotallerdeedicionrocca@gmail.com
www.tallerdeedicion.com
Bogotá, D. C., Colombia

Editor: Camila Rocca Toro
Corrección de estilo: Martha Josefina Espejo Barrios
Diseño y diagramación: Matilde Cárdenas Robledo
Fotografía de cubierta: Cortesía Roberto Restrepo Ramírez
Fotografía de solapa: Carlos Barragán

Impresión y acabados: TC Impresores SAS

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida en su todo o en sus partes, ni registrada o transmitida por un sistema de recuperación, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico o fotoquímico, electrónico, magnético, electro-óptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor y del editor, Taller de Edición Rocca®.

IMPRESO Y HECHO EN COLOMBIA • PRINTED AND MADE IN COLOMBIA

La presente publicación se realizó gracias a la Beca para Proyectos Editoriales Independientes, Emergentes y Comunitarios, concedida por el Programa Distrital de Estímulos (PDE) del Instituto Distrital de las Artes, Idartes, 2021.



INSTITUTO
DISTRITAL DE LAS ARTES
IDARTES



PARA EL ALMA NO HAY ÉXODO



Foto tomada a algunos sobrevivientes el 21 de agosto de 1928
De pies, de izquierda a derecha: José María Osorio, Eleuterio Aguirre, Laureano
Sánchez, Lolo Morales y José León. Sentados, de izquierda a derecha: Jesús María
Osorio, Andrés Cardona, Carlos Franco y Eliseo Buitrago

ÍNDICE DE CONTENIDO

PRIMERA PARTE

~ 13

SEGUNDA PARTE

~ 85

TERCERA PARTE

~ 153

A mis padres

PRIMERA
PARTE



I

UNA ALGARABÍA INFERNAL despertó a Joaquín Vallejo mucho antes de que los gallos anunciaran el amanecer. Era un alboroto de hombres, perros y caballos que enredaba el sueño con la realidad porque brotaba de las grietas de su alma adormilada, de los laberintos somnolientos de su mente y del desorden en la plaza.

Su padre le había dicho una y mil veces que, escuchara lo que escuchara, jamás debía asomarse a la ventana. Su advertencia tenía siempre los mismos argumentos: la historia de la mujer de Lot, cuya desobediencia la volvió sal; y el relato sobre la expulsión del paraíso de la primera pareja sobre la Tierra por comerse una prohibida y jugosa manzana.

—¡Agárrale la cabeza!

—Como enlazando un caballo.

—¡Dale! ¡Dale! Por la cabeza, ¡por la cabeza!

Liberándose morosamente de la pesadez del sueño, y limpiándose con las manos las lagañas que se le acumulaban en los bordes de los párpados, Joaquín imaginó que iban a ahorcar a un hombre y sintió un escalofrío bastante parecido al terror, que le llegó acompañado de un mal recuerdo.

Ocurrió una de las muchas mañanas en las que cumplía una orden encomendada por su padre, que consistía en llevar el ternero hasta un lote ubicado a tres kilómetros del pueblo para ponerlo bajo el abrigo y la teta de su

madre. Ya clareaba, pero aún no despuntaba el sol, cuando tropezó con el primer muerto que vio en su vida. Estaba bocarriba sobre el andén de tierra, y le pareció tan grande que por siempre le quedó la idea de que ocupaba una cuadra entera. Se acercó despacio para verle el rostro y en su palidez mortecina identificó a Olmedo Buitrago —el hombre que esculpía flores y leones en cedro y moldeaba piernas como patas de mesa—, el decorador de templos que con sólo poner la mano sobre el ébano convertía en arte la materia.

—Mataron a Olmedo Buitrago —le comentó a su padre después de llegar de la escuela.

Berardo Vallejo se quedó mirándolo con una tristeza que jamás olvidó.

—Esto se está poniendo feo, hijo —le dijo.

Olmedo era un hombre tranquilo que no le hacía daño a nadie. Conservador por tradición y por convicción, nunca exponía públicamente sus pensamientos políticos. Su vida se movía en dos direcciones: de su casa a la carpintería y de la carpintería a su casa. No visitaba los bares del pueblo y jamás faltaba a la misa de siete los domingos. Nadie entendía por qué lo mataron y la justicia nunca lo aclaró. El caso descansó en la impunidad con un expediente que no pasó de las breves páginas del acta del levantamiento del cadáver y una copia del certificado de defunción.

La imagen del difunto con su vestido gris perforado por un disparo a la altura del pecho y sus ojos abiertos mirando al cielo, le hicieron olvidar a Joaquín, de un golpe y para siempre, los recuerdos del Olmedo vivo, como si sólo lo hubiese conocido después de muerto, cuando en realidad era el mejor amigo de su abuelo Santiago, y no había

sábado en el que no los viera juntos poniéndose al día sobre las vicisitudes de la existencia.

—¡Enlázelo!

—Dale, dale.

—¡Lo tiene de un cacho!

La bulla en el parque lo arrancó del recuerdo en su pequeño cuarto por el que se filtraban ruidos, pero ni un haz de luz. En la oscuridad imaginó que martirizaban a un hombre que no se quejaba.

—Ya lo tengo. ¡Arranque! ¡Arranque!

Contrariando a su padre, al echar al olvido a la mujer de Lot y a la primera pareja de la Tierra, alcanzó a ver entre los árboles del parque una confusa mezcla de sombras que rondaban el busto de Enrique Olaya Herrera.

—¡Arranque! ¡Arranque! ¡Ya lo tengo bien amarrado!

Rechinaron unas llantas, se oyeron tres disparos, las sombras se dispersaron y un ronquido se desprendió del piso. La noche ocultaba los rostros de los criminales y no dejaba ver a la víctima. Un golpe seco estremeció la plaza, como si una piedra hubiese caído del cielo. Se escuchó un aplauso que parecía una explosión. La horda de asesinos salió corriendo en medio de una bullaranga caótica como si arrastraran piedras en los zapatos.

Joaquín cerró la ventana y volvió a la cama, pero no pudo cerrar los ojos durante lo que quedaba de la noche, sometido a un profundo silencio y a un mundo sin resquicios de luz.

Llegó el amanecer y salió tembloroso a la calle, rumbo al centro de la plaza, en busca de respuestas a las dudas que se habían incubado en su mente mientras hacía esfuerzos inútiles por conciliar el sueño. El monumento del expresidente no estaba; lo habían desprendido de su raíz, y una